

La Argentina, a contramano

La alta inflación, el amor por el dólar y el uso de efectivo son sólo algunos ejemplos



ARCHIVO

Lo que aquí es norma afuera no se concibe

FLORENCIA DONOVAN

LA NACION

Como el individuo que, privado de su libertad, desarrolla una relación de complicidad con su captor, los argentinos parecen haber desarrollado una suerte de síndrome de Estocolmo con su economía, y viven con naturalidad muchos fenómenos que en cualquier país del mundo desarrollado (y no tanto) parecen inconcebibles.

1) Inflación de dos dígitos. El Gobierno habla de "sensación", mientras que los analistas privados advierten que la suba de precios privados ya es crónica en más de un 1% mensual. En cualquier caso, los argentinos viven con una inflación de dos dígitos con total naturalidad. Pocos caen en la cuenta de que la Argentina fue en 2009 la tercera economía con mayor inflación en el mundo, después de Zimbabwe y de Venezuela. Y las restricciones que el fenómeno genera en la economía son infinitas. Por lo pronto, la desvalorización constante de la moneda es una de las principales razones por las cuales el ahorrista local no se anima a pensar a largo plazo en pesos y, en contrapartida, elige volcarse al dólar.

2) Pensar en verde. Todo argentino ahorra y piensa en dólares. Tal vez, el ejemplo más visible sea el mercado inmobiliario, donde todos los precios son en moneda extranjera. Pero no sucede lo mismo en Chile, México o Brasil. "Es muy argentino eso de pensar en dólares. Viene de la tradición de los 70, cuando había inflación y no había cómo protegerse, y se agudizó en la hiperinflación. Más tarde, la convertibilidad se hizo precisamente porque los argentinos piensan en dólares, y se creyó que así se frenaba la inflación", apunta Miguel Kiguel, de la consultora Econviews. "Esto es un problema, sobre todo para el diseño de la política económica".

De acuerdo con un informe del Tesoro de los EE.UU., la Argentina es el país con mayor tenencia de dólares billete, después de EE.UU. y Rusia. Según sus estimaciones a 2006, circulaban al menos US\$50.000 millones –el equivalente a todas las reservas en poder del Banco

Central argentino– en este país, lo que equivale a US\$ 1300 per cápita, la ratio más alta del mundo.

3) La economía cash. Con cerca del 40% de la economía en negro, también aquí se vive con total naturalidad que la mayor parte de las transacciones se sigan manejando en efectivo, tanto en pesos como en dólares. En ningún país desarrollado se da, como en la Argentina, que la compraventa de un inmueble se pague al contado, y no mediante una transferencia bancaria. Los costos de las transferencias o el impuesto al cheque pueden servir como justificativos, pero son sólo más que factores que agudizan una cultura arraigada, que hoy está jaqueada por la inseguridad, con las salideras bancarias como la más actual modalidad delictiva.

4) Los ahorros en el colchón. Las cajas de seguridad se transformaron en el nuevo plazo fijo. La gente paga por resguardar sus ahorros, en lugar de buscar un rendimiento por ellos. Muchos bancos tienen lista de espera porque no llegan a satisfacer la demanda de sus clientes. "Hay una cuestión de alergia al sistema financiero", reconoce Eduardo Fracchia, del área Economía de la escuela de negocios IAE. "El corralito, el Rodrigazo, las crisis golpearon mucho y quedó una sensibilidad en la gente, que prefiere sistemas muy precarios".

5) La falta de crédito. "Que no haya crédito para la compra de vivienda es algo que en el exterior pocos entienden. En la Argentina no hay crédito hipotecario, ni lo va a haber genuino mientras haya inflación", dice Kiguel. El crédito privado representa el 12% del PBI, cuando en el mundo puede llegar al 70 u 80%, si no más.

Para Fracchia, sin embargo, una economía abierta y permeable a las prácticas de países desarrollados hará que tarde o temprano la Argentina vaya mitigando algunos de estos vicios. "Queda menos margen para peculiaridades, aunque hay aspectos culturales, como la tendencia a funcionar con dólares, que no me imagino que cambie tan fácil", dice el economista. Después de todo, en la psicología de los argentinos esto es algo "completamente normal".